

LA OTRA EQUIS

Rosario Ginés Montoro

Entró en la habitación. Suspiró, dejando escapar todo el aire que los nervios habían retenido en su pecho. Se quitó la levita y la capa y dejó su maletín en el suelo. Se miró al espejo. José Vilamayor. Futuro jurista. Se quitó el sombrero. Varios de sus rizos cayeron sobre sus hombros.

Sonaba bien, salvo porque no era José Vilamayor. Se llamaba Ángeles Ridaura. Le costaba horas parecer un hombre, escondiendo sus finas manos, sus formas, su caminar, sus palabras...

Era el muchacho extraño de un pueblo salmantino. Apenas sabían de él.

No podía permitir que nadie se enterara. Ella siempre quiso estudiar leyes pero su familia la disuadió.

No quería languidecer en su casa como su madre. Tampoco quería que nadie la mantuviera ni sentirse menos por ser mujer. Fue duro borrar su identidad. A pesar de eso, nadie sabe quién se esconde tras esa toga y tras ese ímpetu. Ama la justicia desde bien pequeña. Quiere defender a la gente que no tiene voz, como le ocurre a ella ahora. Quiere que las mujeres puedan sentirse libres de las cadenas que las atan. Esa tarde la felicitaron en clase por la fundamentación de la defensa de un cliente.

Su uso de las fuentes del Derecho Romano habían impresionado al mismo profesor, que quiso saber quién era aquel joven tan brillante y refinado. Ella se escapó como pudo de las alabanzas. Intentar poner voz grave, hablar como ellos y usar sus gestos no serviría de nada si la descubrían. Podrían incluso encarcelarla.

Entonces lo oyó. Un golpe en la puerta. Sus ropas ya estaban en la silla y su condición de mujer era innegable ahora. El rector de la Universidad. Querían hablar con él urgentemente. No había posibilidad alguna de vestirse en apenas un minuto. Volvieron a aporrear la puerta. Se estaba impacientando y el pomo comenzaba a girarse. Todo su futuro estaba a punto de truncarse en apenas un segundo aquel otoño de 1860. Al otro lado de la habitación entraba el aire entre las cortinas. No podía soportar que todo acabara ahí. Que no pudiera lograr lo que más deseaba. Sintióse aliviada por recibir las felicitaciones aquella

tarde, después de un año entero de esfuerzo, comprendió que había valido la pena y se dirigió a la ventana.

Susana Montalvo, abogada especializada en violencia de género, oyó la llave introducirse en la cerradura y todo un escalofrío recorrió su cuerpo. En su bufete ella insufla fortaleza a muchas de las mujeres que no querían denunciar. Era una figura de renombre en la profesión por todos los juicios ganados. Sin embargo, en casa, era sólo Susana, esa mujer atemorizada y pequeña que no era capaz de nada, que no podía hacer lo que quisiera ni vestir como considerara.

Esa mujer que ha llegado a creerse que no sirve, que es inútil y que jamás podrá escapar. Que debe aguantar por sus hijos. Que en el fondo, no pasa nada. Ha conocido a mujeres a quienes les ha ido mucho peor. No debe quejarse.

¿Cuántos años podría aguantar? ¿Cuánto tiempo? ¿Hasta que los niños fueran mayores de edad? ¿Quizá más? Mil preguntas que se arremolinaban en su cabeza y que se disipaban de un plumazo cuando él estaba cerca. Intuye el humor con el que viene y siente el dolor de sus huesos por anticipado.

Entonces sólo importaba una cosa: estar prevenida para el próximo golpe.

Una tarde lo decidió. No quería vivir así. Había sufrido ya demasiado y no podía seguir escalando la montaña. En esos momentos se le revelaba, con una lucidez diáfana y aterradora, que él no iba a cambiar.

Cuántas veces había pedido a sus clientas que lucharan. Que lucharan hasta el final. Pero no podía más. Tuvo sentimientos encontrados.

Fue al desván y abrió una caja de objetos antiguos heredados de su bisabuelo. Entre decenas de fotos de miradas de otros tiempos halló lo que buscaba.

Un pequeño revólver. Era de su padre y estaba cargado.

Hacía unos meses que lo había buscado y cada día la idea de cogerlo rondaba su cabeza con cierta frecuencia. Fue aquel día el que materializó esa posibilidad. Lo cogió entre sus manos temblorosas mientras observaba todos los recuerdos de su familia. Cerró los ojos y lo agarró, colocando el dedo índice en el gatillo.

La policía llegó al número 19 alertada por los vecinos, que habían escuchado un disparo.

Allí, en un dormitorio al fondo del pasillo, se encontraba una mujer agarrando un pequeño revólver. Justo frente a ella había un hombre de pie. Estaba inmóvil. Había una bala en la pared, solo unos centímetros por encima de la cabeza de él. Según pudieron averiguar, ella había planeado acabar con su vida. Sin embargo, justo en el momento en que estaba a punto de hacerlo, había encontrado una carta que le hizo cambiar de opinión. Cuando llegó su marido del trabajo, ella le comunicó su intención de divorciarse e irse de la casa, a lo que él se negó dándole una bofetada como tantas otras veces. Entonces ella empuñó el revólver con el objeto de asustarle, dando un tiro al aire. Cuando le preguntaron qué decía en aquella carta, por toda respuesta contestó que era de su tatarabuelo y le había hecho comprender que no podía tirar la toalla.

Le había llamado la atención la delicada y minúscula escritura a pluma justo cuando empuñaba el arma.

Estimados señores Ridaura,

Queremos ponerles en conocimiento de un desafortunado y trágico incidente que ha ocurrido con su hijo (mejor dicho, con quien nosotros pensábamos que era su hijo) en la Facultad de Derecho. Hemos caído en la cuenta de lo engañados que hemos estado al creer que la muchacha que hemos descubierto hoy era un brillante y apasionado joven que obraba según le dictaba su puro espíritu y claro entender. Cuando nos dirigimos en la tarde de ayer a felicitarle, no ha contestado a nuestras llamadas, y al pensar que algo malo hubiera podido ocurrirle, hemos abierto la puerta comprobando que no era un varón, sino una joven quien se escondía bajo los ropajes. Seguramente fruto de su vergüenza y consciente de la deshonra que esto supone, la muchacha estaba a punto de arrojarle por la ventana. Sin embargo, por ventura ha podido ser disuadida de ello al sujetarla el rector de esta casa. A pesar de todo ello, no podemos consentir lo sucedido, puesto que las mujeres

no son admitidas en el estudio de las leyes. Les instamos a que vengan a recogerla a la mayor premura posible antes de que manche todavía más el honor de esta escuela.

16 de Octubre de 1860

Y ésta había sido la contestación del padre de la joven:

Muy señor mío,

Lamentamos tal confusión. Nosotros mismos no sabíamos de los deseos de Ángeles. Sin embargo, gracias a este desafortunado incidente hemos podido conocer su verdadera ilusión. Hemos descubierto que tiene una pasión que prevalece sobre todas, y es la de convertirse en letrada y ayudar a los demás. Creemos que los dones que le han sido concedidos a uno por la Divina Providencia no pueden ser desaprovechados por el solo hecho de haber nacido hombre o mujer. Tanto mi esposa como yo la habíamos disuadido y desconocíamos de todo punto lo que ella estaba haciendo de verdad cuando la creíamos recluida en un convento de clausura como postulante, ante su negativa a querer casar. Este hecho nos ha hecho reflexionar sobre lo equivocados que estábamos. La vida de nuestra hija ha podido acabar por una causa inane, como es la de pensar que una mujer es menos que un varón. Pero la causa por la que ella hubiera entregado su vida no es trivial. Desea de verdad convertirse en alguien de provecho y defender causas imposibles. Salvar almas y luchar por los derechos de los más necesitados. No podemos desconocer todo ello. Hemos decidido que si no es en su Facultad, será en otra. Aunque tengamos que vender todas nuestras posesiones, estamos decididos a ayudar a nuestra hija a conseguir lo que es justo. Aceptamos su decisión. Ustedes deciden si pierden a una futura gran letrada.

Sin otro particular, Andrés Ridaura.

Susana desconocía estos hechos. Sabía que su tatarabuela había sido una gran abogada, pero no todo lo que luchó hasta conseguirlo, hasta el punto de casi dar su vida. Recordó como de pequeña su abuelo le contaba las historias de aquella gran mujer y comprendió entonces de dónde vino su deseo de estudiar Derecho, algo de lo que jamás había sido consciente. Comprendió

entonces que no podía acabar ahí. Su tatarabuela había conseguido al final su objetivo, y gracias a ella muchas otras mujeres habían logrado estudiar.

Susana apartó el revólver de su sien. Ahora veía un futuro donde quedaba mucho por luchar, pero donde ya no cabían más golpes ni más disfraces. No había máscara posible ante la igualdad. Respiró hondo, como nunca lo había hecho. Oyó la puerta pero ya no sintió miedo. Su vida empezaba hoy.